La idea de un mundo sin fronteras y de una humanidad por fin unificada no es ciertamente nueva. Lo que sí es nuevo, en este inicio de tercer milenio, es que, por primera vez en su historia, los Occidentales tienen la sensación de que toda la humanidad se ha embarcado en esta vía. La caída del muro de Berlín en 1989 y el derrumbe del bloque soviético fueron indudablemente factores importantes en esta toma de conciencia de unificación del mundo y de aceleración del proceso a finales de siglo XX. De hecho, fue durante esos años siguientes que aquello que se ha llamado la «mundialización o globalización[1]» se convirtió en objeto de debate recurrente. El triunfo de la democracia sobre el comunismo parecía haber abierto la puerta a una nueva era, a un «Nuevo Orden mundial», y preparar la totalidad de las naciones a una fusión planetaria ineluctable.

El mundo bipolar, que había caracterizado el corto siglo XX (1914-1991), dejaba su sitio de forma provisional a un mundo dominado por la «superpotencia» estadounidense, pero sobre todo la democracia parecía imponerse en todos los continentes y ofrecer a la humanidad la garantía de un mundo mejor, hasta tal punto que algunos ya hablaban de «Fin de la historia»: la sociedad de consumo y el comercio sustituirían los imperialismos y el instinto guerrero que habían hasta ahora marcado a fuego el destino de la humanidad. En un renovado espíritu de cooperación, las naciones se acercarían y no tardarían en fusionarse en una república mundial, única garante de una paz universal.

Sin embargo, el «Fin de la historia», tal como nos lo habían predicho en 1992 con el triunfo de la democracia, ya no parecía estar en el orden del día tras la caída de las dos torres del World Trade Center, el 11 de septiembre del 2001. Pero en vez de detener la marcha hacia delante del ideal democrático, pareciera, al contrario, que aquel espectacular acontecimiento precipitara todavía más el curso de la historia. La máquina se volvió loca, y las democracias occidentales aprovecharon el traumatismo para extender su influencia e imponer sus voluntades con renovado vigor. Los Estados Unidos se imponían en el mundo a través de su diplomacia, sus fuerzas armadas, sus continuas maniobras ocultas que desembocaban invariablemente en «grandes revoluciones democráticas» en los países pobres, con camisetas coloradas para la muchedumbre y triunfo mediático mundial para el afortunado vencedor, y mientras las naciones europeas se disolvían rápidamente en un gran conjunto cada vez más multiétnico, con unos contornos imprecisos que prefiguraban lo que debía ser el mundo de mañana: sin razas y sin fronteras.

Los Occidentales que presionan todos los países del mundo en favor de la adopción de un régimen democrático, insisten además en la necesidad absoluta del respeto a las minorías y a la acogida de refugiados, hasta tal punto que la democracia no se puede concebir más que como un conjunto «multicultural, multiétnico y multirracial». La fusión programada de las naciones del mundo, como vemos, pasa por la instauración de sociedades «plurales» en el marco de la democracia parlamentaria. Los dos conceptos son actualmente indisociables. Este parece ser el plan de montaje de esos grandiosos proyectos de mundialización que, una vez más, son productos del pensamiento y de la voluntad occidentales.

El mundo de ayer que denominábamos «bipolar», ya era sobre todo una visión occidental. Numerosos países de Asia, de África o de América del Sur se habían visto impactados por nuestras luchas ideológicas y habían tenido que posicionarse en el bando de Moscú o de Washington, aunque la inmensa mayoría de aquellas poblaciones habían conservado sus modos de vida ancestrales y habían vivido a lo largo del siglo de forma tradicional, sin haber tenido que elegir entre el sistema marxista y la economía de mercado. Después de la Segunda Guerra mundial, se tuvo la costumbre de amalgamar esos países bajo el término genérico de «tercer-mundo», en el sentido de «mundo de

[1]Los dos términos son prácticamente equivalentes. En el mundo francófono el término “mundialización” es el más común. (Nota del Traductor, NdT en adelante).

tercera[2]». Y ese tercero mundo, precisamente, se preocupaba bien poco de las disputas ideológicas generadas por el pensamiento occidental. Evitemos pues pecar de occidentalismo.

¿Está más justificado hoy en día el concepto de «mundialización»? La expresión incluye primero un fenómeno económico. Ciertamente, la multiplicación de los intercambios económicos, el desarrollo de un capitalismo mundial financiero, las deslocalizaciones de empresas y la aparición de nuevas tecnologías de la comunicación e información han acercado las economías de todo el mundo y acentuado su interdependencia. Desde esta perspectiva económica se puede hablar con justa razón de «mundialización». Esta parece ser la continuación de un largo proceso que empezó en el siglo XVI, tras el descubrimiento de nuevos continentes, y que prosiguió con la occidentalización del mundo hasta el siglo XIX con la colonización de África y de Asia, pero también con el poblamiento de América del Norte y de Oceanía. La mundialización de las ideas (Darwin, el socialismo, el liberalismo) había ultimado la hegemonía sobre el mundo de Europa antes de 1914, hegemonía que en gran parte perdería tras dos guerras que se habían, ellas también, mundializadas.

Sin embargo, no deberíamos creer que la evolución de las economías del mundo hacia una mayor unidad sea un proceso regular, continuo e inevitablemente imparable. Los economistas están de acuerdo en que el mundo no está más abierto hoy que antes de la Primera Guerra mundial. En 1991, el nivel relativo de exportación de capitales era más bajo que en 1915[3]. En cuanto a las multinacionales, siguen siendo la mayoría todavía dependientes de sus raíces nacionales. Las firmas globales se cuentan aún sobre los dedos de la mano. Para George Soros- el famoso especulador internacional- la aparición de un capitalismo mundial se produjo verdaderamente en los años 1970. En 1973, los países productores de petróleo, agrupados en la OPEP (Organización de Países Exportadores de Petróleo), aumentaban por primera vez el precio del barril: «Los exportadores de petróleo disfrutaron de súbitos y cuantiosos superávits mientras que los países importadores tenían que financiar grandes déficits. La responsabilidad de reciclar los fondos les correspondió a los bancos comerciales con el aliento entre bastidores de los gobiernos occidentales. Se inventaron los eurodólares y se desarrollaron grandes mercados extraterritoriales (off-shore)[4].»

Pero la sensación difusa de mundialización es todavía mucho más reciente. A mediados de los años 1990, los europeos empezamos a sentir confusamente que el mundo entero había entrado en una fase acelerada de unificación mundial. Las numerosas deslocalizaciones de empresas en los países de mano de obra barata y las resultantes perdidas de empleo alimentaron regularmente los debates. Además, podríamos añadir que la popularización de los viajes en avión, el desarrollo del turismo y de los flujos migratorios vinieron a reforzar la idea de que el mundo se había convertido en una «aldea global». Pero la verdad sea dicha, esto no es más que una imagen, pues si bien en cierto que los campesinos de antaño cruzaban sus pueblos con sus carros o a caballo de un burro dos o tres veces por día, hay que admitir que sólo una ínfima minoría de seres humanos sobre esta tierra frecuenta actualmente con asiduidad los aeropuertos internacionales. La inmensa mayoría de la humanidad todavía sigue anclada en su área civilizatoria, incluso en su propio pueblo natal. Las posibilidades que nos ofreció la tecnología internet no nos

---

[2]La expresión cambió de sentido y designó luego a los países pobres, a los que era costumbre llamar en aquel momento «países subdesarrollados». En los años 90, se prefirió utilizar el término más «políticamente correcto» de "países en vías de desarrollo", o también «países del Sur».

[3]Elie Cohen, *Mondialisation et souveraineté*, Le Débat, novembre-décembre 1997, p. 24-27

[4]Dícese de un mercado financiero que se desarrolla fuera de su país de origen. George Soros, *La crisis del capitalismo global; La sociedad abierta en peligro,* Editorial Debate, Madrid, 1999, p. 139, 140

han proporcionado por ello nuevos amigos al otro lado del planeta. La «aldea global» en cuestión, lejos de ser una realidad, es una perspectiva, una utopía movilizadora, y esa es precisamente la dimensión ideológica que caracteriza el mundo occidental de nuestra época.

La globalización económica de la que tanto se habla desde hace una década no es el factor primordial de esta conciencia planetaria en fase de proyecto. La «globalización», como dicen los anglófonos, no sólo es ese fenómeno económico del que tomamos nota, sino un anhelo callado de fusionar los pueblos de la tierra en un molde único, de suprimir las fronteras e de instaurar un gobierno mundial. Toda nuestra filosofía nos lleva por ese camino: los liberales reclaman la liberalización del comercio a la vez que la adopción por todos los pueblos del mundo del sistema democrático y de la «sociedad abierta», mientras que sus «oponentes» denominados «alter mundialistas» militan a favor de la apertura de las fronteras a todos los migrantes del mundo y de dar siempre más poderes a las instancias internacionales, supuestamente capaces de solucionar los grandes problemas mundiales como la gestión de los desafíos ecológicos, el «comercio desigual» entre el «Norte» y el «Sur», el hambre y la miseria en el mundo. Es desde esta perspectiva planetariana que vemos edificarse recientemente delante de nuestros ojos esta sociedad plural, multiétnica y multicultural, la cual es la etapa necesaria y obligatoria para alcanzar la gran fraternidad universal deseada por los ideólogos occidentales. Esta representa la única forma de disolver paulatinamente las sociedades tradicionales enraizadas, las cuales son los principales obstáculos a ese proyecto. Mediante el juego democrático de las elecciones, se impide cualquier reacción nacionalista debido al peso creciente de las distintas minorías respecto de la antigua mayoría. Al promover el mestizaje, se socava las bases étnicas de los pueblos autóctonos y se anula sus reflejos identitarios. Por otro lado, la inmigración - legal o ilegal – presenta la inestimable ventaja para los empresarios de constituir una inagotable reserva de mano de obra barata. Como vemos, la sociedad plural es en este sentido incomparablemente más eficaz que la sociedad soviética, la cual demostró sus límites después de setenta años de experiencia comunista, cuando sus principios filosóficos eran al principio precisamente los mismos que los que actualmente sustentan la sociedad liberal, concretamente en materia de respeto de la persona humana y de fraternidad planetaria.

La construcción de sociedades plurales en Europa es innegablemente el fenómeno más importante del final de siglo XX, por no decir de toda la historia europea de los últimos 3000 años. El hecho de que los pueblos de Occidente hayan sido los únicos en haberse adentrado en esa vía es por completo sintomático del progreso de la idea planetaria en las mentes occidentales en estas últimas décadas. El mundo en el que vivimos hoy en las grandes ciudades francesas ya no es el mismo que el de hace veinte años: la sociedad multiétnica toma forma ante nuestros ojos de manera asombrosa, sin ninguna verdadera relación con las mutaciones económicas recientes. Japón, por ejemplo, cuya economía está igual de globalizada que la nuestra, no se ha visto engullido por esta vorágine ideológica. Esto es porque no es un fenómeno natural, sino que corresponde a la realización de un objetivo político muy característico y propio del pensamiento occidental.

Estas esperanzas planetarianas que calaron tan hondo en las mentes de los occidentales no aparecieron sin embargo de repente con la caída del muro de Berlín y la victoria de las democracias, aunque ciertamente las espolearon vigorosamente. Un intelectual como Jean-François Revel, que todavía podía predecir en 1983 la desaparición de nuestras democracias, «cortas y precarias paréntesis en la superficie de la Historia» y la victoria «probable, por no decir ineluctable» del comunismo, puede hacernos sonreír en

retrospectiva, a la vista de la evolución fulgurante del mundo en pocos años. Es verdad que su pesimismo podía explicarse por la coyuntura de la época: el estancamiento de la resistencia afgana contra la URSS, la recrudescencia de la represión en Polonia y la complacencia de los gobiernos occidentales[5]. Diez años después, en *El fin de la Historia y el último hombre*, un ensayo publicado en 1992 y ampliamente traducido en el mundo, Francis Fukuyama anunciaba el triunfo de las democracias liberales desde una «perspectiva mundialista[6]», tal como figuraba en la portada, y nada menos que «el fin de la Historia». Constatando la victoria de los regímenes democráticos en casi todo en el mundo, este autor estadounidense escribía lo siguiente: «Si las sociedades humanas, a lo largo de los siglos, evolucionan hacia una sola forma de organización sociopolítica o convergen en ella, como la democracia liberal, si no parece que haya alternativas viables a la democracia liberal, y si las personas que viven en democracias liberales no expresan ningún descontento radical con sus vidas, podemos decir que el diálogo ha llegado a una conclusión final y definitiva. El filósofo historicista se verá obligado a aceptar la superioridad y finalidad de la democracia liberal que ella misma proclama[7].» Según Fukuyama, el Estado liberal debe ser «universal», aunque el autor no entienda por ello más que el reconocimiento otorgado por cada Estado a todos sus ciudadanos, sin discriminaciones de ningún tipo. En ninguna parte en su ensayo se evoca la aspiración a un Estado mundial, a un gobierno mundial, aunque se sobreentiende que las instituciones internacionales se encargarán de los destinos de la humanidad. Constata simplemente que «estas mismas fuerzas económicas alientan ahora el derrumbe de las barreras nacionales mediante la creación de un mercado mundial único e integrado», pero no considera la posibilidad de la destrucción de las naciones y la desaparición de los Estados. Sólo el nacionalismo agresivo deberá desaparecer con la victoria del modelo liberal: «El hecho de que la neutralización política del nacionalismo pueda no ocurrir en la presente generación o en la próxima no significa que no vaya a tener lugar[8].»

Este ideal de paz universal que acompaña el credo democrático, tal como acompañaba el credo comunista, plantea de todos modos algunas cuestiones, pues «los seres humanos se rebelarán ante esta idea. Es decir, se rebelarán ante la perspectiva de convertirse en miembros indiferenciados del Estado universal y homogéneo, cada uno similar a los demás dondequiera que se vaya en el planeta.» Este era el único pasaje de su voluminoso libro de 461 páginas donde se evocaba la eventualidad de un Estado mundial, y era inmediatamente seguido por consideraciones de sentido común acerca del «tedio» que ese Nuevo Orden mundial[9] generaría. Los nuevos ciudadanos del mundo sentirían en efecto que una vida de mero consumidor es finalmente muy «aburrida»; «querrán tener ideales por los cuales vivir y morir, y querrán arriesgar la vida, incluso si el sistema internacional de Estados ha conseguido abolir la posibilidad de guerra.» Los estudiantes de mayo de 1968, por ejemplo, «no tenían motivo racional para rebelarse, pues en su mayor parte eran hijos mimados de una de las sociedades más libres y prósperas del

---

[5]Jean-François Revel, *Comment les démocraties finissent*, Grasset, 1983.

[6]Preferimos utilizar por nuestra parte el término «planetariano», no por gusto del neologismo, lo cual siempre es delicado manejar, sobre todo en el título de una obra, sino porque la palabra «mundialista» nos parece revestir un aspecto ideológico. Su uso ha cambiado a lo largo de los últimos años: la izquierda radical, que se decía mundialista hasta los años 1998-99, se ha revindicado luego antimundialista, y después «altermundialista» a partir del 2003. El estandarte «antimundialista» fue entonces conservado por los nacionalistas, y el propio término «mundialista» parece a veces tener una connotación insultante, por lo menos en Francia.

[7]Francis Fukuyama, *El fin de la Historia y el último hombre,* Planeta, Barcelona, 1992, p. 199, 200

[8]Francis Fukuyama, *El fin de la Historia y el último hombre,* Planeta, Barcelona, 1992, p. 373

[9]La expresión «Nuevo Orden mundial» es del presidente estadounidense George Bush Senior, quién la pronunció con especial entonación en su alocución televisiva cuando se preparaba a bombardear el Irak de Sadam Hussein en 1991. El Nuevo Orden mundial debía supuestamente suceder a la era de confrontación Este-Oeste después del colapso del sistema comunista.

planeta.» Pues, «esta es la contradicción que la democracia liberal todavía no ha resuelto[10].» El ensayo de Francis Fukuyama era finalmente bastante prudente; algunos intelectuales, como veremos más adelante, avanzan con mucha más gallardía en esta perspectiva planetariana.

De todos modos, estos conceptos no son nada nuevos; continúan, bajo una nueva forma, las ideas ya expuestas por la filosofía de la Ilustración del siglo XVIII. Tocqueville ya anunciaba en 1848, inspirado por «una preocupación constante y un solo pensamiento: el advenimiento irresistible y universal de la Democracia en el mundo[11].» Antes que él, Kant, el filósofo solitario, ya consideraba en 1784 que habría que «establecer un estado cosmopolita de la seguridad estatal pública para que [los Estados] no se destruyan mutuamente». El filósofo de Konigsberg albergaba además «la esperanza de que, tras varias revoluciones de reestructuración, al final acabará por constituirse aquello que la Naturaleza alberga como intención suprema: un estado cosmopolita universal en cuyo seno se desarrollen todas las disposiciones originarias de la especie humana[12].» Sin embargo, los hombres del siglo XVIII estaban demasiado henchidos de prejuicios raciales para contemplar la sociedad plural, multiétnica y multicultural, tal como la entienden nuestros filósofos planetarianos. La verdad es que la antropología de Buffon, Maupertuis, Diderot, d'Alembert o Voltaire, quedará para siempre un tema tabú sobre el que más vale no detenerse si queremos conservar estos grandes ancestros en el panteón sagrado de la democracia.

---

[10]Francis Fukuyama, *El fin de la Historia y el último hombre,* Planeta, Barcelona, 1992, p. 419, 438

[11]Alexis de Tocqueville, *La democracia en América, Advertencia de la duodécima edición.*

[12]Immanuel Kant, *Idea para una historia universal en clave cosmopolita*, 1784, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006, p. 54, 60